héroe que había salvado la patria con alguna hazaña y que de ella volvía herido entre bellísimas jóvenes que agitaban palmas; como se imaginaba tener delante de sí una cautiva hermosa, que algún barco maravilloso, o un tren misterioso, la había traído ante sus ojos y su lenguaje no lo entendía nadie más que él.

Las mujeres que en los ensueños de Antonio figuraban, se parecían todas a un ideal superior.

Y este ideal vivía en una calle por donde Antonio tenía que pasar todos los días para ir a su estudio. Bastante antes de llegar a casa de ella, adivinábala en el umbral o en la azotea.

Desde que salía de su casa, iba diciendo que Margarita estaría durmiendo o ausente; y que estando cerradas las puertas y balcones, no tenía que molestarse en levantar la vista. Pero, sin embargo, su corazón palpitaba y el deseo de admirarla una vez más, era más fuerte que su voluntad; y miraba, y al verla tan majestuosa, tan angelical, tan divina, sentía abrirsele una herida por donde se infiltraba suavemente la alegría y la felicidad.

¿Hablarla? ¡No; para qué! Bastaba con amarla. En el primer amor de un artista, se revela una abnegación sublime que es lo más santo y lo más fecundo de la tierra.

Cuando llegaba a su estudio se despojaba del abrigo y permanecía un instante mudo, ensimismado, en sus pensamientos y quizá elevado a otras regiones en donde no se respirase el miasma del vacilo.

Luego después de contemplar el modelo sabiamente dirigido por su maestro D. Andrés, cogía pincel y pinturas y se ponía a trabajar.

A su alrededor, sus compañeros de estudio disputaban, reían, cantaban; pero Antonio no tomaba parte en ninguna de estas expansiones, y continuaba trabajando.

Serena, altiva, ideal, iba apareciendo en el lienzo la figura de aquella esfinge de amor, como una visión de primavera.

Al principio, el maestro pintor D. Andrés iba a ver cómo llevaba Antonio el trabajo; veía su entusiasmo y aplaudía con interés el celo del joven.

Caminaba con los dedos escondidos en su barba gris D. Andrés, y pensaba ensayando en voz baja las siguientes frases: «Antonio el pintor», y después la comparaba con esta otra: «El pintor D. Andrés».

En estas cavilaciones se hallaba cuando llegó a casa de su amada Margarita, en donde admiraba la armonía de su cuerpo escultural, que encarnaba el cánón de belleza de los más entendidos estatuarios. Aquí era superior Antonio su discípulo, que admiraba en Margarita, ante todo y sobre todo, el alma.

Antonio no apartaba de su imaginación el recuerdo de Margarita, ni aun cuando trabajaba. Hasta el punto que, sin darse

él cuenta, la figura de mujer que tenía que trasladar al lienzo le estaba resultando con los mismos rasgos, la misma expresión y un parecido muy exacto de Margarita.

Y así sucedió que D. Andrés, al ir a ver la obra para disponer su traslado al Museo, no pudo contener un grito seco de cólera y sorpresa.

—¡Margarita!—dijo.

Antonio, avergonzado, bajó la cabeza.

—Mirad—dijo el maestro—qué discípulo más infiel. ¿Por qué se consiente a un aprendiz tamaña traición? Yo ahora debía...

Y cogiendo un florete abandonado allí al acaso, se dirigió hacia el cuadro en actitud amenazadora.

Antonio, que preveía la escena dramática que se iba a desarrollar, corrió hacia el cuadro, y apoyando su pálida tez en la rosácea pintura del lienzo, sus labios se desplegaron solamente para murmurar:

—¡Los dos juntos!

Pero el corazón de D. Andrés era demasiado generoso para arrancar tan vilmente a aquellas dos almas del torbellino de la vida. Además, Antonio, era merecedor de su cariño y su aprecio, por su arte pasional. Y en un supremo arranque de bondad y dulzura, dijo:

—¡Son tan dulces los sueños de la juventud!

Habiase ya terminado la obra y fué trasladada al Museo, en donde había deservir de admiración a todas las gentes y de orgullo a aquel artista novel, que tantas glorias le esperaban en el inmenso atolladero de la vida. Sujetaron el cuadro con unas cuerdas, y merced a una polea que se puso en movimiento, lo elevaron hasta la altura de unas ventanas desvencijadas y rotas, que para que se viese mejor las abrieron en aquel momento.

Algunos transeuntes curiosos asistían a la operación. Sus frases sólo eran halagos y elogios para aquel pobre artista, que sólo en aquello cifraba su empeño y su gloria.

En el dintel de la puerta apareció Margarita en persona, que como una diosa llena de júbilo y alegría, se dirigía a ver su retrato, inspirado solamente por el amor.

—¡Margarita!—dijo una voz.

Y de todos los pechos salió un grito clamoroso:

—¡Ella!

La multitud que se agolpaba alrededor del artista, se apartó para dejarla paso y poderse contemplar en la eterna obra que D. Andrés puso su ciencia y Antonio su inspiración.

El encuentro resultaba interesante, y

los circunstantes detuvieron la respiración para observarlo.

Los obreros abandonaron su trabajo.

De pronto, Antonio dió un grito. La ventana abierta para que la luz penetrase con más libertad, se desprendía de sus goznes, para aplastar aquella obra de tan gran valor. Se le veía descender rápidamente. Ya se oía el siniestro crujido...

Dió un salto el joven pintor y alcanzó la ventana, la estrechó contra su pecho como un naufrago estrecha la tabla de salvación. Pero ¡ay!, salvada la obra por el esfuerzo que hizo el pintor, la madera le aplastó contra el suelo.

Le llamaron por su nombre, y al tratar de contestar, cerró los ojos, para abrirlos nuevamente a la vida eterna, a la vida espiritual.

Margarita, que lo comprendió, se arrojó hacia el artista y poniéndole la mano en el corazón, que palpitaba en los últimos estertores de la agonía, le besó, al mismo tiempo que él exalaba el último suspiro.

Muchos de los circunstantes, lloraban. Cuando D. Andrés se enjugó los ojos, dijo, contemplando a las dos Margaritas:

—No debe ser digno de lástima el que muere entre sus dos sueños, el de amor y el de gloria, al mismo tiempo realizados.

UROPO.

Instrucción pública

—El día 23 elevó la Sección Administrativa de Primera enseñanza a la Ordenación de pagos del Ministerio, las nóminas del personal correspondientes al mes de la fecha.

—Con los haberes de este mes percibirán los señores maestros lo correspondiente al tercer trimestre de material diurno.

—La *Gaceta de Madrid* de 22 de los corrientes publica la resolución a las reclamaciones del concurso general de traslado, grupos C y D de maestras, no afectando para nada a esta provincia, si bien fija como fechas de posesión de los nombrados las de 1.º de octubre o 1.º de noviembre próximos, sin otra fecha intermedia ni prórroga de ninguna clase.

Talleres tipográficos

de EL DÍA DE CUENCA

Impresión de revistas ilustradas, libros, catálogos, folletos, circulares, cartas, facturas, talonarios y toda clase de trabajos de imprenta. Estos talleres disponen de elementos que les permiten ejecutar los trabajos con sin igual rapidez y economía.

Visítad esta casa para cerciorarse de lo económico de nuestros precios.